

BRUAIRE Claude

*El derecho de Dios. La tarea de pensar a Dios* (= Hermeneia 118). Ediciones Sígueme, Salamanca 2018, 218 p., ISBN: 978-84-301-2008-6.

Abordando la cuestión de Dios, sin esquivar su dimensión metafísica, Claude Bruaire nos introduce en una apología filosófica de lo Absoluto. Una consistente reflexión que interpela inteligentemente al cristianismo y, sobre todo, a la teología católica contemporánea. Para Bruaire, discípulo de Gabriel Marcel y de Gaston Fessard, «es momento ya de que los propios teólogos se pregunten *cuál es su Dios*, si es que aún quieren guiar a los hombres hacia Él» (p. 142). Lo que equivale a decir que la tarea de pensar a Dios comprende la tarea de pensar al hombre o, dicho aun de otro modo, que la existencia humana se va definiendo en la relación que establece con Dios. Precisamente, la estructura general del libro expone esta dialéctica polar cuya síntesis, o *coincidentia oppositorum*, se encuentra en el cristianismo que piensa a Dios conforme los criterios que él mismo quiso revelar de sí al género humano.

Concretamente, la argumentación del libro se articula a partir del «juicio del mundo» sobre las pretensiones del cristianismo. Para el mundo -el mundo de la «mera razón» o el mundo del «mito de la edad adulta»-, la inteligencia cristiana ha transgredido el derecho de Dios a ser Dios recurriendo al recurso de la fe. Se juzga que el cristianismo ha degradado el derecho de Dios al fundar su fe en la proyección de los deseos y necesidades humanas. Sin desatender estas voces, sin embargo, para Bruaire la paradoja más destacable del cristianismo radica en haber alimentado el sentido riguroso de las teologías negativas que suscitan la *vía negativa* de los místicos. Cuando, de hecho, la espiritualidad de la vía negativa es apertura de lo humano a lo divino, busca los medios más eficaces para que el hombre concrete su capacidad de Dios. En cambio, el régimen de una teología negativa rigurosa «no se opera en pro de la relación religiosa del creyente con su Dios, sino contra ella, después de ella» (p. 49). Apofáticamente, suspende todo cuanto se pueda decir, pensar o imaginar de Dios. Su verdad, en resumidas cuentas, es el ateísmo que a su vez prepara la irreligiosidad en la que Dios no suscita preguntas y mucho menos es un problema. Para Bruaire, el rigor de la teología negativa adormese el deseo de Dios o al menos frustra todo intento de encuentro con lo divino, en cuanto absoluto, abriendo de este modo la puerta al protagonismo secular de nuestra época.

Con el autor nos preguntamos: ¿acaso el Dios de la revelación cristiana puede ser un Dios oculto para la razón humana? ¿No es forzoso aceptar que no tenemos otra capacidad

